vergüenza de recibirlas. Mas híceles cara, porque no me parecieron caras. De casa del tio me trajeron un collar de hombros, una cinta y una pluma para el tocado, que de oro, piedras y perlas, valian las tres piezas mas de tres mil escudos. Los demás me acudieron con ricos broches, botones, puntas, ajorcas, arracadas, joyeles, cabos de tocas, y sortijas, todo muy cumplido, rico, y de mucho valor, lo cual como iba viniendo, sin que lo sintiera el capitan, se iba poniendo en sus cajas dentro de los baules, debajo de cubierta. Yo aquellos dias los anduve visitando y agradeciendo las mercedes hechas, hasta que viendo que las galeras habian de zarpar lunes de madrugada, domingo en la noche dije al huésped : Señor huésped, á jugar voy esta noche á casa de unos caballeros, allá creo que cenaré, y por ventura seria posible si se hiciese tarde quedarme á dormir, si ya el juego se departiese antes del dia; vuesa merced mire por el aposento en cuanto Sayavedra ó yo volvemos, que podria ser que él se viniese á casa. Salí con esto favorecido de la noche, dejándole los baules por paga del tiempo que me hospedó. Bien es verdad que con la priesa del viaje se los dejé llenos, empero de muy gentiles peladillas de la mar, que pesaban á veinte libras. Fuíme á dormir á galera con el capitan Favelo, mi amigo. No será posible decirte con palabras de la manera que aquella noche me sacó de Génova, el regalo que me hizo, la cena que me dió, y la cama que tenia prevenida. Preguntóme, ¿cómo dejaba hecho mi negocio? Díjele que muy á mi satisfaccion, y que despues le daria mas por menudo cuenta de lo que me habia pasado; con esto no me volvió á hablar mas en ello; cenamos, dormíme aunque no muy sosegado, no obstante que iba ya de espiga, empero llevaba el corazon sobresaltado de lo hecho. Así como se pudo se pasó la noche, y cuando el sol salia, sin haberme parecido menear ni un paso, ni sentido el ruido menor del mundo, como si estuviera en la mayor soledad que se puede pensar, ya recordado, y queriéndome vestir, entró mi capitan á decirme que habíamos doblado el cabo de Noli. Llevamos hasta alli admirable tiempo, aunque no siempre nos fué favorable, sino muy contrario, como adelante diremos, que nunca la fortuna es siempre próspera; va con la luna haciendo sus crecientes y menguantes, y cuanto mas ha sido favorable, mayor sentimiento deja cuando vuelve la cara. Solo un deseo llevé todo el camino, que sué de saber cuando aquel primero dia no volviese á la posada, qué pensaria el huésped, y al segundo, cuando no me hallasen, paréceme que llorarian todos por mí. ¿Cuántos escalofrios les daria? ¿ Qué de mantas echarian, y ninguna en el hospital? ¿ Qué diligencias harian en buscarme? ¿Qué de juicios echarian sobre á dónde podria estar, si me habrian muerto por quitarme alguna ganancia, ó si me habrian herido? Paréceme que imaginarian lo que fué, haberme venido con las galeras; pues desconfiados ya de todo el humano remedio, cuántas pulgas les darian muy malas noches por

muchos dias. Ahora los considero, y la priesa con que descerrajarian los baules para quererse pagar de ellos, alegando cada uno su antelacion de tiempo y mejoría en derecho. Paréceme que veo consolado y rico á mi huésped con sus dos buenas piezas, que tomadas á peso valian cualquiera buen hospedaje, y habia losa dentro que le podia servir en su sepultura. El tio viejo se hallaria bien parado con la pedrería que Sayavedra le dijo; pues el pariente con su cadena, quien duda que no burlase de los otros por hallarse con una tan buena pieza, de donde podria pagar el principal y danos. Mas cuando la hallasen de oro de jeringas, ¿qué parejo le quedaria el rostro, los ojos qué bajos, y cuántas veces los levantó para el cielo, no para bendecir á quien lo hizo tan estrellado y hermoso, sino para con los demás decretados maldecir la madre que parió un tan grande ladron? Con esto se quedaron, y nos dividimos. Pudiérales decir entonces lo que un ciego á otro en Toledo, que apartándose cada cual para su posada, dijo el uno de ellos : A Dios, y

CAPITULO IX.

Navegando Guzman de Alfarache para España, se mareó Sayavedra, dióle una calentura, saltóle á modorra, y perdió el juicio. Dice que él es Guzman de Alfarache, y con la locura se arrojó á la mar quedando ahogado en ella.

Trajimos tan próspero tiempo á la salida de Génova, que cuando el sol salió el martes, habíamos doblado el cabo de Noli, como está dicho, y hasta llegar á las Pomas de Marsella tuvimos favorable viento. Allí esperamos hasta la primera rendida, siéndonos todo siempre apacible, porque corria un fresco levante, con el cual navegamos hasta el siguiente dia en la tarde, que se descubrió tierra de España con general alegría de cuantos allí veníamos. La fortuna, que ni es fuerte ni una, sino flaca y varia, comenzó á mostrarnos la poca constancia suya en grave dano nuestro, y hablando aquí ahora por los términos y lenguaje que á los marineros entonces les oí, cubrióse todo el cielo por la banda del maestral con oscuras y espesas nubes, que despedian de sí unos muy gruesos goterones de agua; faltónos este viento, comenzando á entristecer los corazones, que parecia tener encima de ellos aquella negrura tenebrosa, lo cual visto por los consejeros y pilotos; hicieron junta en la popa con ánimo de prevenirse de remedio contra tan espantosas amenazas; cada uno votaba lo que mas le

parecia importante, mas viendo cargar el viento en demasía, sin otra resolucion alguna, ni esperarla, fué menester amainar de golpe la borda, que llaman ellos la vela mayor, y poniéndola en su lugar, sacaron otra mas pequeña que llaman el marabuto, vela latina de tres esquinas, á manera de paño de tocar, hicieron á medio árbol tercerol, previniéndose de lo mas necesario. Pusieron los remos encima de los filares; á los pasajeros y soldados los hicieron bajar á las cámaras, muy contra toda su voluntad; comenzaron á calafatear las escotillas de proa, no faltando en todo la diligencia que importaba para salvar las vidas que tan á peligro estaban. Cerróse la noche y con ella nuestras esperanzas de remedio, viendo que nada se aplacaba el temporal; por lo cual, para evitar que los daños no fuesen tantos, mandaron poner fanales de borrasca La mar andaba entonces por el cielo, abriéndose á partes hasta descubrir del suelo las arenas; fué necesario poner en el timon de asistencia un aventajado, el cómitre se hizo atar al estanterol en una silla, determinado de morir en aquel puesto sin apartarse de él, ó sacar en salvamento la galera. Allí le preguntábamos algunos á menudo, y muchas mas veces de las que él quisiera, si corríamos mucho riesgo. Ved nuestra ceguera, que lo creyéramos mas de su boca que de la vista de los ojos, donde ya se nos representaba la muerte; mas parecíanos de consuelo su mentira, como la del médico para el consuelo del afligido y enfermo padre que pregunta por la salud y vida del hijo, si por ventura ya es difunto, y responde que tiene mejoría. De esta manera por animarnos decia que todo era nada, y dijo verdad, por lo que despues á cabo de poco sobrevino, porque no dejándonos el viento pedazo de vela sano, y tanto que fué necesario subir el treo, que es otra vela redonda con que se corren las tormentas, quiso nuestra desgracia que viniese sobre nosotros una galera mal gobernada, y embistiéndonos por la popa nos echó gran parte á la mar, y diólo á tiempo que juntamente saltó el timon en que solo teníamos esperanza. Viéndonos faltos de ella y de él, ya rendidos al mar y sin remedio, mas para no dejar de usar de todos los que pudieran en alguna manera dárnoslo, hicieron pasar los dos remos de las espaldas á las escalas, de donde nos íbamos gobernando con grandísimo trabajo. ¿ Qué pudiera yo aquí decir de lo que vi yo en este tiempo y oyeron mis oidos, que no sé si se podria decir con la lengua, ó ser creido de los extraños?; Cuántos votos hacian! ¿A qué varias advocaciones llamaban? ; cada uno ála mayor devocion de su tierra, y no faltó quien otra cosa no le cayó de su boca sino su madre! ¡ Qué de abusos y disparates cometieron, confesándose los unos con los otros, como si fueran sus curas, ó tuvieran autoridad con que absolverlos! Otros decian á voces á Dios en lo que le habian ofendido, y pareciéndoles que seria sordo, levantaban el grito hasta el cielo, creyendo con la fuerza del

aliento levantar hasta allá las almas en aquel instante, pareciéndoles el último de su vida. De esta manera padeció la pobre y rendida galera con los que veníamos en ella hasta el siguiente dia, que con el sol y serenidad cobramos aliento, y todo se nos hizo alegre. Verdaderamente no se puede negar, que de dos peligros de muerte se teme mucho mas el mas cercano, porque del otro nos parece que podríamos escapar; empero en mí esta vez no temi tanto aquesta tormenta, ni senti el peligro, respecto del temor de arriba, no por el mar, mas por la infamia. Harto decia vo entre mi cuando pasaban estas cosas, que por mi solo padecian los mas, que yo era el Jonás de aquella tormenta. Sayavedra se mareó de manera, que le dió una gran calentura, y brevemente le saltó en modorra. Era lástima de verle las cosas que hacia y disparates que hablaba, y tanto que á veces en medio de la borrasca y en el mayor aflicto, cuando confesaban los otros los pecados á voces, tambien las daba él diciendo: Yo soy la sombra de Guzman de Alfarache, su sombra soy que voy por el mundo, con que me hacia reir, y le temí muchas veces; mas aunque algo decia, ya lo veian estar loco, y lo dejaban para tal, mas no las llevaba conmigo todas, porque iba repitiendo mi vida, lo que de ella yo le habia contado, componiendo de allí mil romerías; en oyendo al otro prometerse á Monserrate, allá me llevaba; no dejó estacion ó boda que conmigo no anduvo, guisábame de mil maneras, y lo mas galano (aunque con lástima de verlo de aquella manera), de lo que mas yo gustaba era, que todo lo decia de sí mismo como si realmente lo hubiera pasado. Ultimamente, como de la tormenta pasada quedamos tan cansados, la noche siguiente nos acostamos temprano á cobrar la deuda vieja del sueño perdido, todos estábamos tales, y con tanto descuido, la galera por la popa tan destrozada, que levantándose Sayavedra con aquella locura, se arrojó á la mar por la timonera sin poderlo mas cobrar, porque cuando el marinero de guardia sintió el golpe, dijo á voces : Hombre á la mar! Luego recordamos, y hallándolo menos le quisimos remediar, mas no fué posible, y así se quedó el pobre sepultado, no con pequeña lástima de todos, que harto hacian en consolarme; signifiqué sentirlo, mas sabe Dios la verdad. Otro dia cuando amaneció, levantéme luego por la mañana, y todo él casi se me pasó recibiendo pésames, cual si fuera mi hermano. pariente ó deudo que me hiciera mucha falta, ó como si cuando á la mar se arrojó, se hubiera llevado consigo los baules. Aquesos guarde Dios, decia yo entre mí, que los mas trabajos fáciles me serán de llevar. No sabian regalo que bacerme, ni cómo (á su parecer) alegrarme, y para en algo divertirme de lo que sospechaban y yo fingia, pidieron á un curioso forzado cierto libro de mano que tenia escrito, y hojeándolo el capitan, vino á hallarse con suceso que por decir en el principio de él haber en Sevilla

sucedido, le mandó que me lo leyese, y pidiendo atencion se la

dimos, y dijo:

En Sevilla, ciudad famosísima en España, y cabeza de la Andalucía, hubo un mercader extranjero, limpio de linaje, rico y honrado, á quien llamaban micer Jacobo. Tuvo dos hijos y una hija de una señora noble de aquella ciudad. Ellos doctrinados con mucho cuidado en virtud y crianza, y en todo género de letras tocantes á las artes liberales, y ella en cosa de labor, con exceso de curiosidad, por haberse criado en un monasterio de monjas desde su pequeña edad, á causa de haber fallecido su madre de su mismo parto. Como los bienes de fortuna son mudables, y mas en los mercaderes, que traen sus haciendas en bolsas ajenas y á la disposicion de los tiempos, no medió pié de la buena suerte á la mala; sucedió, que como sus hijos viniesen de las Indias con suma de oro y plata, cuando ya llegaban á vista de la barra de San Lucar, y como dicen, dentro de las puertas de su casa, revolvió un temporal, que con viento deshecho, trayéndolos de una en otra parte, dió con el navio encima de unas peñas, y abierto por medio, se fué luego á pique, sin algun reparo, ni lo pudo tener mercadería ni persona de todo él. Cuando á los oidos del padre llegó tan afligida nueva de pérdida tan grande, se melancolizó de manera, que dentro de breves dias tambien falleció. La hija que residia en el convento, ya perdida la hacienda, los hermanos y padres difuntos, viéndose desamparada y sola, sintió su trabajo como lo pudiera sentir aun cualquiera hombre de mucha prudencia, por haberle faltado tanto en tan breve que pudo decirse un dia, y con ella la esperanza de su remedio, porque deseaba ser monja. Cesaron sus designios, comenzó su necesidad, cesaron los regalos, comenzaron los trabajos, y fueron creciendo de modo que ya no sabia qué hacer, ni cómo poderse allí dentro sustentar. Y aunque las conventuales todas que le tenian mucho amor por la nobleza de su condicion, afabilidad, trato y mas buenas partes, condolidas de su necesidad y pobreza, la quisieran tener consigo, mas como estaban subordinadas á voluntad ajena de su prelado, ni ellas lo pudieron hacer, ni á ella fué posible quedar, porque dentro de breve término se le notificó que saliese ó señalase la dote, y no pudiendo cumplir con lo segundo, tomó la resolucion en lo primero. Era tan diestra en labor, así blanca como bordados, matizaba con tanta perfeccion y curiosidad, que por toda la ciudad corria su nombre. Con esto las virtudes de su alma y hermosura de su rostro eran tan por exceso, que á porfía parece haberse fabricado por diestros diversos artífices en competencia, y todo junto, en comparacion de su recogimiento, mortificacion, ayunos y penitencia no llegaba. Viéndose pues desabrigada con temor de la murmuracion, y de ocasion que le pudiera danar, celosa de su honor, buscó un aposento en compañía de otras doncellas religiosas, donde sin tener otra sombra sino la de su trabajo, con él se alimentaba tasadísimamente y con grande límite, dando ejemplo de su virtud á todas las mas doncellas de su tiempo. El arzobispo de aquella ciudad tuvo deseo de mandar hacer algunas cosas de curiosidad, hijuelas y corporales matizados, y no sabiendo ni hallándose quien como Dorotea lo hiciese (que así se llamaba esta señora), por las buenas nuevas que de ella tuvieron, la buscaron y encomendáronle aquesta obra, prometiéndole por ella muy buena paga. Era necesario para tanta curiosidad que fuera el oro el mejor, mas delgado y florido que se pudiera hallar, y porque solo quien lo sabe gastar es quien lo sabe mayor escoger, ella propia en companía de sus vecinas y amigas lo fueron á buscar á los batihojas, que son en Sevilla los oficiales que lo hacen y venden. Acertaron á entrar en casa de un mancebo de muy buena gracia y talle, que de muy poco tiempo habia comenzado á usar el oficio y puesto tienda, que para mas acreditarse procuraba que su obra hiciera ventajas conocidas á la de sus vecinos. De este quisieran comprar lo que para toda su labor les fuera necesario, tanto por ser á su propósito, cuanto por excusar la salida de su casa si el dinero les alcanzara, mas como solo llevaban lo que para principio se les habia dado, dijeron que llevarian un poco, y volverian por mas como se fuese obrando y ella cobrando. El mancebo, cuando vió la hermosura y compostura de la doncella, su habla, su honestidad y verguenza, de tal manera quedó enamorado, que lo menos que le diera fuera todo su caudal, pues en aquel mismo punto le habia entregado el alma. Y sintiéndole que dejaba de comprar con su gusto por falta de dineros, tomado achaque para sus deseos de la ocasion que le vino á la mano, sin dejarla pasar ni soltarla ella, dijo: Señoras, si el oro es tal que hace á propósito para lo que se busca, escoja y lleve su merced lo que hubiere menester, y no le dé cuidado pagarlo luego, que por la misericordia de Dios ánimo tengo y caudal no me falta para poder fiar aun otras partidas mas importantes, y no á tan buena dita; vuesa merced, señora, lleve lo que quisiere, y pague luego lo que mandare, que lo mas que restare debiendo me irá pagando poco á poco segun lo fuere cobrando del dueño de la obra. A todas les pareció el mozo muy cortés, y buena la comodidad segun se deseaba. Dorotea le dió el dinero que tenia de presente, y habiendo escogido todo el oro que le pareció mejor y necesario, lo llevó consigo, dejándole dicha la calle y casa donde acudiese por la resta. Luego se fueron, quedando el pobre mozo tan amante y fuera de sí, cuanto falto de todo reposo y combatido de varios desasosiegos. Rompióle amor las entrañas, no comia, no bebia, ni vivia, tan ocupada tenia el alma en aquella peregrina belleza, espejo de toda virtud, que todo era muerte su trabajosa vida, sin saber qué hiciese. Y pareciéndole doncella pobre, que por medios del matrimonio pudiera ser

tener buen puerto sus castos deseos, quisose informar de quién era, de su vida, costumbres y nacimiento. La relacion que le hicieron y nuevas que de ella tuvo fueron tales, que con ellas quedó de nuevo muy mas perdido y menos confiado, nunca creyendo poder alcanzar tan grande riqueza, hallándose siempre indigno de tanto bien, como lo fuera para él poderla alcanzar por esposa. De todo desesperaba, en todo se conocia inferior, mas como no era posible ni en su mano volverse atrás, y las pasiones del alma no tocan menos á los mas pobres que á los mas poderosos, y todos igualmente las padecen, aunque se hallaba tan atrás, nunca dejó de porfiar para pasar adelante, perseverando en su honesto propósito, por haberlo puesto en las manos de Dios, que siempre los favorece y sabe acomodar con sola su voluntad las cosas de su servicio, presentándole siempre que no era otro su deseo que hallar compañera con quien mejor poderle servir, en especial aquella tan virtuosa y de su gusto, empero que así lo hiciese como mejor conviniese á su servicio. Tambien se le representó que la mucha pobreza y discrecion le harian por ventura fuerza para que mirando á su soledad y remedio pospusiese pundonores vanos, acomodándose con el tiempo, y siéndole representado su honesto deseo de servirla, lo viniese á conceder. Con estos pensamientos y cuidados procuraba solicitar la cobranza, no apretando ni enfadando, antes tomando achaques, unas veces de ver su tan curiosa labor, otras por hacérsele paso, fingiendo lo que mas á propósito venia para hacer vista y por tomar amistad, que solo á este fin iban por entonces encaminados sus deseos, para con ella poder mejor despues entablar el juego, y en el interin poder aquel espacio breve mitigar las ansias que siempre ausente le causaba su dama. En esto anduvo el mozo tan discreto como solícito, y tan solícito como enamorado, procediendo con tan honrados y buenos términos, que muy en breve granjeó todas las voluntades, no pesándoles de sus visitas, antes con ellas ya recibian regalo. Entre las que allí vivian, que eran cuatro hermanas, á la una de ellas, la mas venerable y grave, á quien tenian las otras todo respeto, tanto por su prudencia mucha, cuanto por ser mayor en edad, se fué inclinando mas en amistad y regalándola, con que despues, andando el tiempo en ocasiones que se ofrecian, poco á poco se sué descubriendo haciéndola capaz de sus deseos hasta de todo punto quedar aclarado con ella, suplicándole que interponiendo para ello su autoridad, fuese parte que sus esperanzas no quedasen sin el premio que de su valor y discrecion esperaba, y que siéndole favorable, la suese disponiendo en las ocasiones que se ofreciesen de tal manera, que cualesquier dificultades quedasen llanas, pues de su parte ninguna se podia ofrecer, que á brazos cruzados no se pusiese á hacer toda su voluntad. Los buenos terceros bien intencionados, que sin respetos humanos tratan de las cosas honestas

con libertad y verdad, tienen siempre tal fuerza, que persuaden con facilidad, porque se les da todo crédito. Esta señora fué labrando en Dorotea de uno en otro lance, de manera, que convencida de razon, vino á condescender en el consejo que le dieron, y obedeciéndolo como de su verdadera madre, le besó por ello las manos, dejándolo en ellas. El desposorio se hizo con gusto general, y mayor el de Bonifacio (que así llamaban al desposado). porque se creyó hallar con aquella joya, el mas dichoso, bien afortunado y rico de los hombres, pues ya tenia mujer como la deseaba, en condicion y de mayor calidad que merecia, y tal, que pudiera vivir con ella seguro y honrado, sin temor de celoso pensamiento, ni de alguna otra cosa que le pudiera causar desasosiego. Vivian contentos, muy regalados, y sobre todo satisfechos del casto y verdadero amor que cada cual de ellos para el otro tenia. El de ordinario asistia en la tienda ocupado en el beneficio de su hacienda, y ella en su aposento, tratando de su labor, así doméstica como de aguja, gastando en sus matices y bordados parte de la que su marido hacia. Crecíales la ganancia, y en mucha conformidad pasaban honrosamente la vida. El demonio vela y nunca se adormece, y en especial vela en destruir la paz, contra las casas y ánimos conformes, arma cepos y tiende redes con todo secreto y diligencia, para hacer como desea el daño posible, y dar con ello en el suelo. Andaba siempre acechando á esta pobre senora, procurando derribarla y rendirla, y cuando mas no pudiese, que á lo menos tropezase, y así en las visitas, en misa, en sermon, en las mayores devociones, en la comunion, aun en ella la inquietaba presentándole los instrumentos de su maldad, mancebos, galanes discretos, olorosos y pulidos, que le saliesen al encuentro, siguiéndola y solicitándola, mas de todo sacaba poco fruto, porque la casta mujer, mostrándose fuerte, siempre vencia con su honestidad semejantes liviandades. Y aunque, para quitar la ocasion, rehusaba cuanto mas podia el salir de su casa, y escasamente lo hacia á lo muy forzoso y necesario, donde tambien era perseguida, rondábanle la puerta noche y dia, buscaban invenciones y medios para verla, empero nada les aprovechaba. Entre los galanes que la deseaban servir, que todos eran mozos y señores, los mas principales de la ciudad, era uno el teniente de ella, mancebo soltero y rico. Vivia frontero de la misma casa, en otras principales, altas y de buen parecer, que por ser mas humildes y bajas las de Dorotea, no obstante que habia calle de por medio, cuando por los terrados, cuando por las ventanas, le señorcaba cuanto hacia, y tanto, que su esposo ni ella podian apenas vestirse ni acostarse sin ser vistos, en especial estando con descuido, y queriendo con cuidado acecharlos. Con esta ocasion, el teniente andaba muy apasionado y cansado de hacer diligencias con extraordinaria solicitud. Al fin se hubo de volver como los demás al puesto con la caña, sin recibir algun favor, ni visto sombra de sospecha con que poderlo pretender, ni que desdorase un cabello del crédito de la mujer. Andaba tambien (con los muchos) en la danza, un otro penitente de la misma cofradía de los penantes, muy llagado y afligido; era Burgalés, galan, mozo, discreto y rico, las cuales prendas, favorecidas de sufran queza, pudieran allanar los montes. Mas la casta Dorotea, ni las partes de este, poder del teniente, ni pasiones de los demás, le hacian el menor sentimiento del mundo, como si en este no estuviera. Mostrábase á todos estos combates fortísima peña inexpugnable, donde los continuos combates de las furiosas ondas del torpe apetito (no pudiendo vencer) quedaron quebrantadas. No hay duda que siempre continuaba velando su honestidad, como la grulla, la piedra del amor de Dios levantada del suelo, y el pié fijo en el de su marido. Y fuera imposible herirla, si el sagaz cazador no le armara los lazos del engaño en la espesura de la santidad, para cazar á la simple paloma. Este Burgalés (que se llamaba Claudio) tenia en su servicio una gentil esclava blanca, de buena presencia y talle, nacida en España de una Berberisca, tan diestra en un embeleco, tan maestra en juntar voluntades, tan curiosa en visitar cementerios, y caritativa en acompañar ahorcados, que hiciera nacer berros encima de la cama. Ella era tal, cual para semejantes casos convenia. Llamóla un dia, dióle cuenta de su pena, pidiéndole consejo para salir con su pretension adelante. La buena esclava (como haciendo burla), despues de haberse bien satisfecho y enterado en el caso, riyéndose le dijo: ¡Pues cómo, señor! ¿qué montes quieres mudar, qué mares agotar, á qué muertos volver el espiritu, cuál dificultad es tan grande la que te aflije y tanto me encareces? No son esas las cosas que á mí me desvelan, poco aceite y menos trabajo se ha de gastar en ello de lo que piensas: ya puedes hacer cuenta que la tienes par tí; descuida y ten buen ánimo, que yo te daré la casa en las manos dentro de pocos dias, ó no me llamen Sabina, hija de Haja. Tomó el negocio á su cargo, y comenzó desde aquel punto á entablar el juego, dando trazas, como el que propone dar en el ajedrez un mate á tantos lances en casa señalada. Comenzó por el peon de punta, meneando los trebejos, y componiendo un cestillo de verdes cogollos de arrayan, cidro y naranjo, adornándolo de alelíes, jazmines, juncos, mosquetas y otras flores compuestas con mucha curiosidad, lo llevó al batihoja, diciéndole ser criada de cierta señora monja de aquella ciudad, abadesa del convento, que, teniendo noticia de la obra tan buena que allí se hacia, y necesidad forzosa de un poco de buen oro para unos ornamentos que dentro de la casa estaban acabando para el dia de San Juan, le regalaba con aquel cestillo, y suplicaba, que del oro mejor que tuviese, le diese dos libras para probarlo, y que saliendo tal como le habian certificado, y era conveniente á su propósito, lo pagaria muy bien, y siempre lo iria gastando de su casa, llevando para cada semana lo que se pudiese gastar en ella, demás, que tendria mucho cuidado de regalarlo. Bonifacio se alegró con la buena ocasion de la ganancia, y no menos con el cestillo de flores, que lo estimó en mucho por la curiosidad con que venia compuesto. El cual al punto, luego que lo recibió, habiendo despachado la esclava con el oro, lo llevó á su mujer, poniéndoselo en las faldas con grande alegría, que no con menor fué recibido de ella. Preguntóle de quién lo habia comprado, y díjole lo que pasaba. Entonces lo estimó en mas, porque le vino á la memoria el tiempo de su niñez, cuando con las mas doncellas de su edad y monjas del convento, se ocupaban en semejantes ejercicios. Rogó á su marido que si otra vez volviese la hiciese subir á su aposento, que holgaria de conocerla. Luego la semana siguiente, dentro de seis dias, veis aquí donde vuelve Sabina muy regocijada, diciendo del oro que habia sido bueno, y á pedir otro tanto que fuese de lo mismo, dándole un largo recado de parte de su senora, y con él una imágen pequeña de alcorza, y un rosario de la misma pasta, con tanta curiosidad obrado, que bien era digno de mucha estima. Así como lo vió, no quiso recibirlo, sino que de su mano lo diese á Dorotea su esposa. Cayóle la sopa de la miel, sucediéndole lo que deseaba, y á pedir de boca, mas haciéndose de nuevas, dijo : ¡ Ay mal hombre! ¿ dícelo de veras, y casado es? no lo creo. Aun nos lo habian vendido por soltero, y trataba ya mi señora de casarlo con una lega que tenemos tan linda como unas flores, hermosa y rica. Bonifacio le respondió: Rica y hermosa la tengo como allá me la podian dar, y con quien vivo contentísimo; subid, veréisla. Sabina le dijo: En buena fe no quiero, no sea que me burle, que es un traidor. No burlo de veras, le dijo Bonifacio; subid, amiga Sabina. Ella cuando entró en la pieza y vió á Dorotea, desalada y los pechos por tierra, se le lanzo á los piés haciéndole mil zalemas, admirada de su grande hermosura, que aunque habia oídola loar, era mucho mas la obra que las palabras. Quedó como embelesada de ver sus bastidores con los bordados y otras labores que le mostró en que se ocupaba, con cuánta perfeccion y curiosidad estaba obrado, diciendo: ¿Cómo es posible no gozar mi señora de cosa tan buena? No, no, no ha de pasar de aquí adelante, sin que con amistad muy estrecha se comuniquen. Ay Jesus! cuando yo le cuente á mi señora la abadesa lo que he visto, ¡cuánta envidia me tendrá! ¡Cuánto deseo le crecerá de gozar un venturoso dia de tal cara! Por el siglo de la que acá me dejó, y así su alma esté do la cera luce, ó que landre mala me dé, si no fuera alcahueta de estos amores. Yo quiero de aquí adelante regalar á esta perla, y visitarla muy amenudo. Con estas palabras y

otras regaladísimas, llevó su oro despues de haberse despedido. Y de allí en adelante, de dos á tres dias continuaba la visita ya por oro, ya diciendo hacérsele camino por allí, diciéndole al marido que cometeria traicion si por allí pasase y dejase de entrar á ver aquel ángel, Otras veces, con achaque de traerle algun regalo, la iba disponiendo á que de su voluntad tuviese deseo de irse á holgar al monasterio un dia. Cuando ya le pareció tiempo, dió por allá la vuelta un lunes de mañana, y llevóle dos canasticos, uno con algunas ninerías de conservas, y otro de algunas frutas de aquel tiempo, las mas tempranas y mejores que se pudieron hallar. Dióseles diciendo, que por ser del huerto de casa, y lo primero que se habia cogido, le pareció á su señora que no pudiera estar en otra parte tan bien empleado como en ella. Y que juntamente le suplicaba dos cosas : la primera y principal, que pues de allí á ocho dias, el siguiente lunes, era la fiesta del glorioso san Juan Bautista, y el domingo su santa víspera, la hiciese merced en hacer penitencia pasando en el convento aquellos dos dias, pues en su casa no eran de ocupacion. Demás, que tenian las monjas muchas fiestas, y representaban una comedia entre si á solas, que de nada gustaria si aquesta merced no le hiciese. Y que otras señoras principales parientas de las monjas vendrian por allí, para que acompañándola se fuesen juntas. Lo segundo, que le diese tres libras de buen oro para flecos de un frontal que descaban acabar, para poner en un altar allá dentro, procurando, si fuese posible, se lo diese mas cubierto y delgado. A lo del oro, respondió Dorotea: Darélo de muy buena gana, que lo tengo en mi poder, y tambien hiciera lo que mi señora la abadesa me manda, mas está en el de mi marido. Ya sabeis, hermana Sabina, que no soy mia; mi dueño es el que os puede dar el sí ó el no, conforme á su voluntad. En buena se le respondió: Aun esa seria ella, si no me la diese; nunca yo medre si de aquí saliese todos estos ocho dias hasta llevarla. No seria razon que una cosa sola que mi señora suplica tan de veras, la primera y tan justa, se dejase de hacer, porque desea, como á la salvacion, gozar de aqueste paraiso. ¡Ay! calla, Sabina, dijo Dorotea; no hagais burla de mí, que ya soy vieja. ¡ Vieja! dijo Sabina, sí, sí, de ese mal muere, como decirme ahora que la primavera es fin del año, y cuaresma por diciembre. Dejémonos de gracias, que así vieja como es la goce su marido muchos años, y les dé Dios fruto de bendicion. Ahora se haga lo que le suplico, que deseo ganar este corretaje, que mi señora la retoce. ¡Ay, cómo se ha de holgar con esta traidora! Bonifacio y Dorotea se riyeron, y él (con alegre semblante), sin ver la culebra que estaba entre la yerba; ni el dano que le acechaba, por la grande confianza que de su esposa tenia, dijo: Ahora bien, por mi vida, que Sabina lo ha renido y pleiteado con gracia, no se le puede negar lo que pide, habiéndolo enviado á mandar la abadesa mi señora. Idos á holgar esos dos dias, que yo sé cuán de gusto serán para vos, y no menos para mí porque lo recibais. Hermana Sabina, decid á su merced, que así se hará como se manda; y cuando aquesas señoras que decis, vayan al monasterio, pasen sus mercedes por aqui, para que se vayan juntas. Agradecióles Sabina con tales palabras, cuales de mujer tan ladina, y que ya tenia negociado su deseo. Fuése á su casa tan contenta y orgullosa, que ya le parecia volverse atrás los pasos que adelante daba, y que á su posada nunca jamás llegaria. El corazon le rebentaba en el cuerpo de alegría; quisiera, si fuera lícito, irla cantando á voces por las calles. Echábasele de ver el contento en los visajes del rostro, hervíale la sangre, bailábanle los ojos en la cara, parecia que por ellos y la boca queria bozar la causa. Cuando en su casa entró, como una loca soltó los chapines, dejó caer de la cabeza el manto, y arrastrándolo por detrás, alzando con las manos por delante las faldas que le impedian el correr, entró desatinada en el aposento de su señor que la esperaba. Por decírselo todo, todo lo partia entre los dientes y la lengua, sin que alguna cosa dijese concertada. Ya comenzaba por activa, va lo volvia por pasiva. Bien ó mal, tal como pudo, le dió el mensaje de modo, que todos aquellos ocho dias no acabaron, ella de referirlo, y él mil veces de preguntarlo. Volvian á cada paso á tratar una misma cosa, discantaban luego si aquello seria posible tener efecto. Parecíale que aquello que de ello hablaban, le habia de servir y quedar por paga, sin acabar de creer que pudiera ser cierto un bien tan deseado, ni llegar á gozar de tan alegre dia. Para el concierto tratado hizo que se previniesen unas mujeres conocidas de casa, de quien tenia satisfaccion de cualquier secreto, para que le ayudasen con su solicitud en este hecho. Llegado ya domingo, dia ya señalado para el efecto, vistiéndose unas en hábito de casadas, otras de doncellas, de dueñas otras, fueron con Sabina por Dorotea. Tocaron á la puerta, salió su esposo que ya las esperaba, y como viese una tan honrada escuadra de mujeres al parecer principales, llamó á la suya que bajase presto, porque esperaban. Ella bajó tan simple como contenta, habláronse todas con muy comedidos complimientos: y entregándosela el marido, la cogieron en medio, y con ella y grande alegría se fueron su viaje. Iban al monasterio encaminadas, cuando una de aquellas de tocas reverendas, dijo: ; Ay amarga de mí! ; cómo se nos ha olvidado ir por dona Beatriz la desposada, que nos estará esperando, y tambien la convidaron? Otra respondió luego: Por los huesos de mis padres que dice verdad, y que no me acordaba mas de ella que de la primera camisa que vestí. No podemos ir sin ella, volvamos por aquí, que presto llegaremos allá. Dió entonces la vuelta uno de aquellos cabestros de faldas largas y rosario al

cuello, por cencerro, tomando la delantera, y todas la siguieron hasta dar consigo en casa de Claudio. Llamaron á la puerta, salióles á responder por la ventana una esclavilla, preguntando quién llamaba y lo que queria. Una de ellas le dijo: Entra presto, y dile á tu señora que baje su merced presto, que la esperamos. Hizo como que fué á dar el recado, y cuando de allá dentro volvió con la respuesta, les dijo : A vuesas mercedes suplica mi senora se sirvan de no tomar pesadumbre de aguardar un poco, en cuanto se acaba de tocar, que será en breve, y entretanto se podrán vuesas mercedes entrar á sentarse á la sala. Ellas entraron por el patio en una bien aderezada, donde se quedaron las mas, y solas dos pasaron adelante á una mediana habitacion con Dorotea. Estaba muy bien puesta, con sus paños de tela de plata y damasco azul, y cama de lo propio, la cuja de relieve dorada. Junto á ella estaba un curioso estrado, en que las tres tomaron sus asientos, y de allí á muy poco, dijeron : ¡Ay Dios, y qué prolija novia hace dona Beatriz, y si á mano viene, aun de la cama no se habrá levantado! Andad acá, hermana, sepamos cuándo habemos de ir de aquí. Salieron las dos, y quedándose sola Dorotea, se desparecieron todas, que persona viviente no se conocia por la casa.

Claudio entró luego, y tomando en el estrado una de aquellas almohadas junto á Dorotea, le comenzó á hacer muchos ofrecimientos, descubriéndole la traza que para su venida se habia tenido, disculpando aquel proceder con lo mucho que le hacia padecer, de que no quedó la pobre señora poco turbada y triste, porque lo conocia de vista y sabia sus pretensiones. Vióse atajada, no supo qué hacerse ni cómo defenderse, comenzó con lágrimas y ruegos á suplicarle no manchase su honor, ni le hiciese á su marido afrenta, cometiendo contra Dios tan grave pecado; empero no le fué de provecho. Dar gritos no le importaba, que no habia persona de su parte, y cuando de algun fruto le pudieran ser, y gente de fuera entrara, quien allí la hallara, forzoso habia de culpar su venida sin dar crédito al engaño, y así defendióse cuanto pudo. Claudio con palabras muy regaladas y obras de violencia, y contra su resistencia y gusto, tomaba de por fuerza los frutos que podia, pero no los que deseaba, con que se iba entreteniendo y cansándola. Finalmente, despues que ya no pudo resistirle, viendo perdido el juego, y empeñada la prenda en lo que Claudio habia podido poco á poco ir granjeando de su persona, rindióse, y no pudo menos. Ellos estaban solos á puerta cerrada, el término era largo de dos dias, la fuerza de Claudio mucha, ella era sola mujer y flaca, no le fué mas posible. Bien se pudiera decir, que habia sido pendencia de por San Juan, si no se les anublara el cielo. Comieron y cenaron con muchas libertades, y fuéronse á dormir á la cama, empero breve fué su sosiego, y sobresaltado su reposo, porque nunca el diablo hizo empanada de que

no quisiese comer la mejor parte. Costumbre suya es, cuando hace junta semejante, formar una tienda ó pabellon, convidando á que se metan dentro, que allí los encubrirá y nada se sabrá, haciéndose cargo del secreto, y despues cuando están encerrados, en el mayor descuido y mal pensada seguridad, abre las puertas, descubre, derriba los pabellones, manifestando en público el vicio recelado, y tañendo su tamborino á repique de campana, llama la gente para que allí acuda á verlos, dejándolos avergonzados y tristes, de que mas él se queda riyendo. ¿Quién creyera que intencion tan bien trazada viniera tan en breve á descubrirse por tan extraño camino? ¿Quién esperara de tan felices medios y principios, fines tan adversos y trágicos? Mal dije, pues no se podia esperar menos, considerada la danza y quien la guiaba. Demás, que de necesidad habia de castigar el cielo á letra vista semejante maldad y fuerza. Y aunque no fué la pena igual con el delito, fué á lo menos aldabada poderosa, para que cualquiera buen discursista reconociera la ofensa, é hiciera penitencia de ella. Como aquel dia todo anduvo tan sin cuenta ni órden, allá en su cuarto los criados ensancharon los vientres, quitaron los pliegues á los estómagos, y las canillas á las candiotas; comieron y bebieron hasta ir á las camas gateando, dejándose la chimenea con toda la lumbre, y cerca de ella mucha leña. El fuego se fué metiendo por los tueros y rajas, y ellos encendidos, se comunicaron con los mas que cerca estaban, de manera, que casi á la media noche todo aquel cuarto se quemaba, sin que persona lo sintiese, pues todos dormian. Era vispera de San Juan, el teniente andaba de ronda. y al grande resplandor que ya la lumbre se divisaba de muy lejos, vióla, y sospechó la verdad, que alguna casa se quemaba. Fuéronse por el rastro de la claridad hasta la casa de Claudio. Dieron voces y golpes á la puerta; la casa era grande, los unos de cansados, los otros bien borrachos, y otros abrasados, ninguno respondia. Levantóse por la vecindad mucho alboroto, unos v otros vecinos preveníanse cada cual de su remedio; fuése llegando mucha gente, y con fuerza que hicieron derribaron por el suelo las puertas, entraron por la casa creyendo que los de ella ya fueran consumidos todos con el fuego, y cuando menos ahogados con el humo, pues alguno por toda la casa no parecia. Fueron las voces y el estruendo tanto, que Claudio recordó, y turbado de aquel ruido tan grande, sin saber lo que pudiera ser, con la espada en la mano y ambos desnudos, abrió la puerta del aposento, y cuando vió el fuego, volvióse adentro para cubrirse con algo y salirse huyendo. El teniente creyó que la gente de fuera fué quien abrió aquella sala para entrar á robar, acudió á la defensa con diligencia, y halló á los dos amantes que apriesa y por salvarse buscaban los vestidos, y teniéndolos en las manos, ninguno hallaba el suyo. Ya podeis considerar cuáles podrian estar, y qué pudieran sentir,

viéndose desnudos, la casa llena de gente, y sobre todo su mayor enemigo el teniente, que los habia cogido juntos. Volvamos pues á él, que luego conoció á Dorotea. Quedó tan fuera de sí, que de los tres no se pudiera conocer alguna diferencia cual estaba mas muerto, porque nunca el teniente pudiera persuadirse de persona del mundo á semejante cosa, pues teniendo por testigos á sus propios ojos aun los tachara. Vióse tan turbado, tan abrasado de celos, tan desesperado y loco, que por vengarse de ellos, y sin otra consideracion, los hizo llevar á la cárcel, con ánimo de vengarse, y mas de Dorotea, que por no haberle admitido estaba resuelto de infamarla, buscando rastros para tener ocasion con que prender tambien á su marido, pareciéndole no haber sido posible no ser sabedor y consentidor del caso, dando á su mujer licencia que fuese á dormir con aquel mancebo por interés grande que por ello le habria dado. Que una pasion de amor hace cegar el entendimiento, volviendo los ánimos tiranos y crueles. A ella la llevaron cubierta con su manto, con órden que no fuese por entonces conocida hasta hacer la informacion, y á él por otra parte tambien lo llevaron preso. Y aunque hizo Claudio por impedirlo grandes diligencias, pretendiendo excusar los graves daños que de ello pudieran resultar, ni ruegos ni dineros fueron parte á que la rabia del corazon se le aplacase al juez. Ellos quedaron en su prision, y el juez echando espuma por la boca, hasta que se aplacó el fuego y lo dejó muerto, mas el de su corazon muy vivamente ardia. Era ya despues de media noche, habia padecido mucho con el cansancio, y mas con el enojo; fuése á dormir, si pudo, pues se cumplió el refran en él, así tengais el sueño. No lo tuvo bueno ni es de creer, antes con el enojo trazaria la venganza, fraguándola de mil modos para que no escapasen, ó á lo menos no quedase limpia la honra. Mas estaba haciendo la cuenta sin la huéspeda, que apenas él tenia los piés en la cama, cuando ya Dorotea tenia cobro. Dormia Sabina en un aposento mas adentro del de su ama, para si en algo fuese menester de noche, y como hubiese tenido atencion á todo lo pasado, acudió presto al remedio, que siempre las mujeres en el primer consejo son mas prontas que los hombres, y no ha de ser pensado para que acierten algunas veces. Sacó de su aposento un muy gentil capon que habia quedado de la cena, el cual acomodó con un gentil pedazo de jamon de la Sierra, con un frasco de generoso vino, buen pan, y reales en la bolsa, y poniéndose un colchon, sábanas y un cobertor en la cabeza, y la cesta en el brazo, se fué á la cárcel. Pidió al portero, que le dejase meter aquella cama y cena para una dueña de su amo, que porque tardó en dar un caldero con que sacar agua para matar el fuego, la mandó traer el teniente presa. Con esta poca culpa, y cuatro reales de á cuatro que le metió en la mano, le abrió las puertas, haciéndole cien reverencias, aunque con la ropa que sobre la cabeza llevaba no le vió la cara. Ella entró con su recado á Dorotea, que mas estaba muerta que viva; estuvieron hablando solas, porque las mas presas ya dormian, y de allí resultó que Dorotea hecha Sabina, y puesta una saya suya verde que llevaba, llamó al portero, y le dió la cena, diciendo que la dueña no la queria, ni dormir en cama, hasta salir de allí. Él vió su cielo abierto, y al sabor del tocino se puso en manos del vino, guardando la resulta para el siguiente dia. En cuanto el carcelero se ofrendaba, se cargó Dorotea el colchon en la cabeza, y salió de la cárcel dejando en su lugar á Sabina, y con dos de las mujeres del dia pasado se volvió á casa de Claudio hasta por la mañana, que con ellas y otras volvió á su casa fingiéndose no haber estado buena de salud, y que por eso se volvia. Ya el teniente andaba orgulloso para el siguiente dia martes, y no se olvidaba Claudio, porque como ya sabia estar la señora en salvo, hizo que un su amigo hablase al asistente suplicándole que personalmente lo desagraviase, viendo la sin justicia que le habian hecho. Tambien el teniente cuando fué á comer á su casa, y se puso á la ventana mirando con infernal celo á las de Dorotea, miró, y reconocióla que sentada con su marido estaban comiendo juntos. Perdia el seso, estaba sin juicio pensando qué fuese aquello; envió á la cárcel á saber quién soltó la presa de la noche antes; dijéronle que allí estaba. Ya pateaba en este punto, porque sin duda creyó estar loco, si acaso no hubiera sido sueno lo pasado; así pasó aquel dia hasta el siguiente, que viniendo á la visita el asistente con sus dos tenientes, mandaron llamar á Claudio y á la mujer que con él habia presa, los cuales, como ya hubiesen dicho en su confesion quiénes eran, y allí fueron públicamente conocidos, fueron sueltos; empero no tan libres que Claudio no purgase bien las costas, porque cuando á su casa llegó, halló la mayor parte de ella y de sus bienes abrasados, y juntamente á una su hermana honesta de las que sacaron á Dorotea de su casa, la cual fué hallada con un su dispensero en una misma cama muertos, y otros tres criados. Tanto sintió este dolor, lastimóle de tal manera el corazon semejante afrenta, porque aquello habia sido en toda la ciudad notorio, que de la intensa imaginacion cayó gravemente enfermo. Y no deseando salud para gozarse con ella, sino solo para hacer penitencia del grave pecado cometido, convaleció, y sin dar cuenta de ello á persona del mundo, se fué al monte, donde acabó santamente siendo religioso de la órden de San Francisco. Dorotea se fué con su marido en paz y amistad, cual siempre habian tenido, y el teniente se quedó muy feo sin muchos doblones que le daban, y sin venganza, y Bonifacio con todo su honor. Porque Sabina y las mas que supieron su afrenta, dentro de muy pocos dias murieron, que así sabe Dios castigar y vengar los agravios cometidos contra inocentes y justos.

has majorcored as arous que cultre la pare en la mac modified

Con esta historia y otros entretenimientos, venimos con bonanza hasta España (que no poco la tuve deseada), sin ferros, artillería, remos, postizas ni arrombados, porque todo fué á la mar, y quedé yo vivo, que fuera mas justo perecer en ella. Desembarcamos en Barcelona, donde dije á mi amigo el capitan Favelo, que habia votado en la tormenta de no hacer tres noches en parte alguna de toda España hasta llegar en Sevilla y visitar la imágen de nuestra Señora del Valle, á quien me habia ofrecido, y héchole cierta promesa si de allí escapase. Llególe al alma perder mi compañía, mas no pude hacer otra cosa, que temí no viniesen en mi seguimiento con alguna sactía ó algun otro bajel. Compré tres cabalgaduras en que llevar mi persona y los baules, recibí un criado, y diciendo ir mi viaje, sin que alguno supiese lo contrario, nos despedimos como para siempre.

videndo la sas postera como la servidada dismbien eletemento en control de co

storiquicio proceso de la compania de contra el compania el se decede a sobodo quen sobió ja el como la sobio de se sobio de sobio de contra el como de contra el cont

language conclusion of the contract of the con

eran, y all fueron, majound after tonocides a literan suite

normes cuando a su casa tiero, ballo la resperimente de ella co de

as que sacacoa a Dorotca de sa yasa e la ciul tito trafaca can da

the con su marridg on test & stricted, cust aismore besieve to side at

r bl tennate se quedo may los sus manhes dondens que la dalana.

LIBRO TERCERO.

DONDE REFIERE TODO EL RESTO DE SU MALA VIDA, DESDE QUE A ESPAÑA VOLVIÓ, HASTA QUE FUÉ CONDENADO A LAS GALERAS Y ESTUVO EN ELLAS.

CAPITULO I.

Despedido Guzman de Alfarache del capitan Favelo, diciéndole ir á Sevilla, se fué á Zaragoza, donde vió el arancel de los necios.

Cuando con algun fin quiere acreditar alguno su mentira, para traer á su propósito testigos, busca una fuente, lago, piedra, metal, árbol ó yerba con quien la prueba, y luego alega que lo dicen los naturales, y de esta manera se les han levantado millares de testimonios, él es el que miente, y cárgaselo á ellos. Yo aquí haré al revés, porque no mintiendo, diré su mentira, y no porque vo afirme que lo sea, sino porque lo parece; y debe de ser verdad, pues Apolonio Tianeo lo toma por su cuenta, y dice haber visto una piedra que llaman pantaura, reina de todas las piedras, en quien obra el sol con tanta virtud, que tiene todas aquellas que tienen todas las piedras del mundo, haciendo sus mismos efectos. Y de la manera que la piedra iman atrae á sí el acero, esta pantaura atrae todas las otras piedras, preservando de todo mortal veneno á quien consigo la tiene. Con esta piedra se pudiera bien comparar la riqueza, pues hallarán en ella cuantas virtudes tienen las cosas todas. Todas las atrae á sí, preservando de todo veneno á quien la poseyere. Todo lo hace y obra, es ferocísima bestia, todo lo vence, tropella y manda. Todo lo trae sujeto á su poder, la tierra y lo contenido en ella. Con la riqueza se doman los ferocísimos animales, no se le resiste pez grande ni pequeño en los cóncavos y huecos de las peñas sumergidas debajo del agua, ni le huyen las aves de mas ligerísimo vuelo. Desentraña lo mas pro-